Ensayistas dominicanos

Franklin Gutiérrez

Antecedentes

Son tres las razones principales que motivaron la huida de muchos representantes notables de la cultura entre 1900 y 1960. La primera de ellas, la crisis económica, la inestabilidad política y el trastorno moral que el dictador Ulises Heureaux dejo como herencia en el país, en concreto en los quince primeros años del siglo XX; la segunda de las razones fue el aumento de la emigración europea hacia Norteamérica, que llegó a la cifra de un millón de personas al año, hecho este que quizás sirvió como estímulo para animar a muchos hispanoamericanos y caribeños a emigrar de sus países, y la tercera razón fue la persecución ideológica iniciada por Trujillo contra todos aquellos que se opusieran a su estilo de gobierno. Numerosos intelectuales y escritores hispanoamericanos y caribeños eligieron los Estados Unidos como país de destino, y esto no fue algo casual, sino producto de la imagen de una nación que se anunciaba como tierra de libertades y propicia para las oportunidades económicas y educativas[1]. Entre los iniciadores de ese proceso emigratorio dominicano se encuentra los hermanos Pedro y Max Henríquez Ureña, el último de los cuales llegó a la patria de Walt Whitman en el siglo XX.

En efecto, en 1901, Francisco Henríquez y Carvajal fue enviado a los Estados Unidos por el presidente Juan Isidro Jimenes a negociar la deuda externa dejada por el dictador Francisco Ulises Heureaux al país. Entre las cosas importantes que llevó Henríquez y Carvajal a Norteamérica estaban el anhelo de cumplir con la encomienda del presidente Jimenes y a sus hijos Frank y Pedro. Meses después llegaría Max. La primera estadía de los hermanos Henríquez Ureña en los Estados Unidos duró cuatro años (1901-1904) Esos primeros años ayudaron, particularmente a Pedro Henríquez Ureña, a sentar los principios que colocarían posteriormente su nombre y su obra junto a la de José Martí, José Enrique Rodó, Alfonso Reyes, Andrés Bello y otros protagonistas de la emancipación literaria y cultural hispanoamericanas. De ese período son sus poesías juveniles, su estudio crítico dedicado a la obra de D'Annunzio y su primer encuentro con el teatro norteamericano.

La segunda estadía de Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos va de 1914 a 1919. En esa ocasión se desempeñó primero como corresponsal del periódico *Heraldo de Cuba* en Washington (1914-1915) y luego como redactor del semanario *Las Novedades* (1915-1916) de Nueva York, donde escribió sobre leyes, costumbres, artes plásticas y teatro. En la imprenta del referido periódico dio a la publicidad la versión definitiva de su pieza teatral *El nacimiento de Dionisio* (1916). En 1917 se integró al personal docente de la Universidad de Minnesota como profesor de español, literatura del siglo XIX e historia de la civilización española e hispanoamericana. También enseñó drama español y poesía lírica de los siglos XIX y XX en las escuelas de verano de las universidades de Chicago y de California. En 1940 retornó a los Estados Unidos como invitado especial de la Universidad de Harvard para dictar conferencias y seminarios en la prestigiosa cátedra Charles Eliot Norton (1940-1941). Fruto de dicha cátedra es su obra *Las corrientes literarias en Hispanoamérica*, publicada por la Harvard University Press en 1946. La presencia de Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos en los albores del siglo XX marca un momento importante en la difusión de la literatura dominicana en Norteamérica, ya que su entusiasmo y sabiduría estimularon a sus discípulos, amigos y allegados, a acercarse a la literatura y cultura dominicanas y del resto del Caribe, entre los que figuraban norteamericanos e hispanoamericanos.

Vale destacar, en el tercer lustro del siglo, la integración de varios dominicanos a la dirección del semanario neoyorquino *Las Novedades*, un tabloide de temas políticos y culturales que acogió positivamente la producción literaria de Fabio Fiallo, José M. Bernard, Manuel Florentino Cestero, Jesusa Alfau de Solalinde, Francisco Henríquez y Carvajal y Manuel de Jesús Galván Velásquez, cuarto hijo del autor de *Enriquillo*, Manuel de Jesús Galván. Este último, en su condición de redactor de dicho semanario mantuvo, entre 1916 y 1918, un interesante espacio denominado 'Crónica General' donde comentaba temas políticos, sociales y económicos norteamericanos e hispanoamericanos. En muchas de esas crónicas Galván Velásquez arremetió abiertamente contra el entonces presidente norteamericano, Woodrow Wilson (1913-1921), por haber ordenado la primera intervención norteamericana en la República Dominicana en 1916. Además, censura la presión ejercida por los Estados Unidos sobre Hispanoamérica para que países como México, Brasil y Argentina, entre otros, se convirtieran en sus aliados en la Primera Guerra Mundial.

Los escasos historiadores y analistas del capítulo Nueva York de la literatura dominicana atribuyen erróneamente la fundación de *Las Novedades* a Francisco José Peynado. Sin embargo, cuando Francisco José Peynado asumió la dirección de *Las Novedades* este ya tenía cuarenta años de existencia. *Las Novedades* fue fundado en 1876 por José G. García, quien lo dirigió hasta el 5 de noviembre de 1914, fecha en que Peynado llegó a la dirección del mismo. El equipo de Peynado estaba compuesto por Manuel de Jesús Galván Velásquez (jefe de redacción) y Manuel Florentino Cestero (redactor). Posteriormente, el 22 de julio de 1915, se sumó al mismo Pedro Henríquez Ureña. Peynado cesó como director de dicha publicación el 16 de octubre de 1916, al ser sustituido por Antonio Abad Alfau, quien a su vez fue sustituido el 30 de noviembre de 1918 por Rafael Montafur al adquirir este último los derechos de *Las Novedades* cuando estuvo a punto de desaparecer por problemas económicos. Manuel Florentino Cestero y Pedro Henríquez Ureña dimitieron junto con Peynado, pero Manuel de Jesús Galván Velásquez, por su condición de yerno de Antonio Abad Alfau, continuó en la redacción de *Las Novedades* hasta finales de 1918.

De la misma época de Manuel Florentino Cestero es la producción de Jesusa Alfau Galván de Solalinde, nieta de Manuel de Jesús Galván, quien vivió en Nueva York entre 1916 y 1920. Durante su estadía en la urbe neoyorquina colaboró con periódicos norteamericanos y españoles, especialmente con el semanario *Las Novedades*, dirigido por su padre, entre 1916 y 1918. Sus artículos en *Las Novedades*, ilustrados por ella misma, versaban sobre crítica de arte y temas sociales cotidianos. De ellos cabe destacar, por su frescura y ambientación, 'Visiones del norte', 'El amor de las Estrellas' y 'Thanksgiving', entre otros. Hacia 1920 estableció su residencia en Wisconsin, donde permaneció hasta 1937, año en que se trasladó a México, país en el que vivió hasta el momento de su muerte, ocurrida en 1943. En Wisconsin desarrolló junto con su esposo, el destacado investigador y académico español Antonio G. Solalinde, una amplia labor de investigación en las áreas de filología y educación. Llegó, incluso, a impartir cátedras de dichas materias en la Universidad de Wisconsin.

Otra figura apreciable de la literatura dominicana en los Estados Unidos de la primera mitad del siglo XX fue Andrés Francisco Requena, autor del libro de ensayo *Un paladín de la democracia: el generalísimo Trujillo Molina*, publicado en 1938. Requena había sido nombrado agregado de la Embajada dominicana en Chile. Sin embargo, en 1940, poco después de la aparición de otra de sus obras laudatorias a Trujillo, el poemario *Romance de Puerto Trujillo*, disgustado por las actuaciones de la maquinaria política trujillista, renunció a dicho cargo y se refugió en Cuba. De Cuba se trasladó a los Estados Unidos y se incorporó al ejército norteamericano, del cual fue expulsado en 1946. En 1948 fundó en Nueva York el periódico *Patria*, que le sirvió de tribuna para denunciar los males que afectaban a la sociedad dominicana de entonces. En 1949 firmó su pacto con la muerte al publicar *Cementerios sin cruces*, novela en la que, además de censurar los múltiples crímenes ordenados por Trujillo, ridiculiza y caricaturiza al dictador. A partir de entonces fue acosa-

do y perseguido por matones del tirano, que lo asesinaron en una calle neoyorquina el 2 de octubre de 1952[2].

Las tres últimas décadas del siglo XX

Los dominicanos radicados en Nueva York en los años setenta partieron de la premisa falsa de que su distanciamiento de la patria no se prolongaría por más de dos o tres años, tiempo suficiente para producir un buen atado de dólares e invertirlos en cualquier tipo de negocio que les permitiera vivir tranquilamente en su tierra natal. En el prólogo a su libro *Dominicanos en Nueva York*, Ángela Peña describe las causas que empujaron a muchos criollos a viajar a Nueva York y el impacto que recibió dicho grupo de emigrantes cuando comprobó que la 'Gran Manzana' (la ciudad de Nueva York) no era tan dulce como les aseguraron[3]. Esa creencia en el retorno inmediato a la isla tuvo resultados ambivalentes, pues mientras, por un lado, los dominicanos desplazaban a judíos, griegos y cubanos de Washington Heights y se convertían en propietarios de la mayoría de los negocios de ese sector, por otro, descuidaban su ingreso a los centros académicos y su participación en la política partidista norteamericana. La primera de estas opciones arrojó frutos positivos, pues a partir de entonces la comunidad dominicana emergió como un grupo económicamente progresista y batallador; pero la segunda retrasó su inserción en la vida cultural, política y educativa norteamericana, generando así un estancamiento en dichas áreas del cual apenas comenzamos a liberarnos.

En 1985 Daisy Cocco De Filippis, autora en 1982 de *Estudios semióticos de poesía dominicana*, entra en contacto, por medio de quien suscribe, con el ambiente literario de Washington Heights[4]. Desde entonces su aporte a la literatura dominicana de la diáspora ha sido incalculable.

En lo referente a la literatura, el estado actual de esta difiere sustancialmente de los setenta y los ochenta tanto cualitativa como cuantitativamente. Ello obedece a dos razones fundamentales. Primero, el asentamiento en Nueva York de numerosos intelectuales, académicos, periodistas y escritores nacionales desde 1990 hasta el presente y, segundo, a la existencia de segundas y terceras generaciones de dominicanos nacidos y formados académicamente en los Estados Unidos que están incursionando en el terreno de las letras. Un rastreo bibliográfico que realicé recientemente me permitió identificar a 87 escritores dominicanos en los Estados Unidos, con unas 286 obras publicadas. De ellos 74 residen en Nueva York y el resto en otros estados del país. Aunque la lista incluye a los activos desde los setenta, aproximadamente medio centenar de esas voces, compuesto por poetas, cuentistas, novelistas, ensayistas y teatristas, historiadores y sociólogos son parte del más reciente grupo de escritores de la diáspora.

Muestra del avance vertiginoso del referido movimiento literario es la aparición de *Historias de Washington Heights y otros rincones del mundo* (1993), preparada por Daisy Cocco De Filippis y Franklin Gutiérrez, y *Tertuliando. Hanging Out, Dominicanas and Friends* (1997), de la misma autora. La primera es una colección de diez relatos sobre diferentes aspectos de la cotidianidad neoyorquina y la segunda, una muestra de la producción del grupo Tertulia de escritoras dominicanas fundado por De Filippis en 1993. A estas sigue *La palabra como cuerpo del delito* (2001), de Diógenes Abreu y Dagoberto López, un conjunto de textos en español e inglés de una decena de poetas miembros de la agrupación Palabra: expresión cultural. También cabe destacar el ensayo *La novela dominicana en New York*, obra en la que Héctor Amarante analiza las novelas *La sin par andariega Mamá Uca* (1988), de Juan Rivero; *Por nada del mundo* (1990), de José Carvajal; *Los que falsificaron la firma de Dios* (1992) y *Los ojos de montaña* (1997), de Viriato Sención; *La vieja casa de la tierra* (1993) y *El día que Colón llegó* (1993), de Rafael Villa Espinal; *De cómo las chicas García perdieron su*

acento (1994), de Julia Álvarez; *Marina de la Cruz: radiografía de una emigrante* (1994), de Félix Darío Mendoza; *Los cuentos de Mount Hope* (1995), de Tomás Modesto; *La conjura de los hijos de Belial* (1995), de Juan Torres; *El corredor de los malditos* (1995), de P. J. Pérez, y *Tres heroínas y un tirano* (1996), de Miguel Aquino García.

Un hecho singular de los noventa es la incorporación del ensayo sociológico e histórico a la bibliografía dominicana de la diáspora. Antes de los noventa los géneros cultivados eran poesía, cuento y novela, muchos de cuyos textos abordan mayormente el tema de la emigración desde una óptica artística con predominio del clamor patrio y el desasosiego espiritual de vivir en el exilio. Pero la madurez de esa emigración dominicana, que ya arribó a sus cuatro décadas, ha ofrecido a historiadores, sociólogos y ensayistas material suficiente para analizar la realidad social dominicana en los Estados Unidos desde las perspectivas social, cultural, económica, política y educativa. Dentro de esa tendencia sobresalen las obras: *The Dominican Americans* (1998), de Ramona Hernández y Silvio Torres-Saillant; *El furioso merengue del norte: una historia de la comunidad dominicana en los Estados Unidos* (1998), de Francisco Rodríguez de León; *El retorno de las yolas* (1999), de Silvio Torres-Saillant; *La emigración dominicana hacia los Estados Unidos* (2003), de Antonio Méndez; *Sobre cultura y política cultural de los dominicanos en los Estados Unidos y el poder de Trujillo* (2003), de Francisco Chapman y *Desde la Diáspora (A Diaspora Position)* (2003), de Daisy Cocco De Filippis. Otros, como José Moya (*Una empresa llamada Estados Unidos*, 1994); Miguel Aquino García (*Holocausto en el Caribe*, 1995); José Novas (*Lilís y los agentes del Tío Sam*, 1999, y *Balaguer, Trujillo y el beso de Judas*, 2001) y Eloy Tejera (*El día que Balaguer muera*, 2001), aunque residentes en los Estados Unidos, han incursionado poco en los temas de la diáspora, pues se han sumado a ese cuantioso número de escritores nacionales cuyo tema central sigue siendo Trujillo y, más recientemente, Balaguer.

Notas

[1] Desde la llegada de los ingleses ocupantes del *Mayflower* y el *Pilgrim* entre 1600 y 1625, los Estados Unidos han difundido la idea de que el suyo es el único territorio donde se puede alcanzar libertad personal y progreso económico simultáneamente.

[2] Los periódicos neoyorquinos *La Prensa* y *Daily Compass* difundieron ampliamente la noticia del asesinato de Requena y señalaron a Félix Bernardino, entonces cónsul dominicano en dicha ciudad, como responsable intelectual del asesinato.

[3] Ángela Peña, *Dominicanos en Nueva York*, Santo Domingo: Editorial Corripio, 2000.

[4] Washington Heights es el área neoyorquina de mayor concentración de dominicanos. Muchos la llaman Quisqueya Heights.